

STORIES93.COM
STORY IN SPANISH
MANUEL RIVAS
LA CONFESIÓN

¿Qué le dices? ¿Qué le dices a un chico cuando él se te arrima mucho?

Le digo que no se arrime tanto.

Pero, si él te gusta, ¿verdad?, dejas que se arrime algo.

Algo. Algo, sí.

¿Cómo de algo? ¿Mucho?

¡No, mucho no!

Y en ese algo que tú dejas que se arrime...

¡No, si yo no lo dejo!

Has dicho que algo sí.

Un poco. Sólo un poquito.

En la confesión no se miente. Recuerda que estás hablando con Dios. ¡Cuéntale a Dios la verdad! Después te sentirás mejor, más limpia. ¡Ya verás! Dime, dime una cosa: En ese poco, ¿tú notas su cuerpo?

¿Su cuerpo? ¡No, su cuerpo no!

¿No sientes sus brazos?

Sí, sus brazos sí.

¿Sus hombros?

También.

¿Sus piernas?

A veces.

Cuando es muy lenta la música, ¿no sientes su rodilla abrirse camino entre tus piernas?

Yo no dejo que abra mucho camino.

Pero ¿cuánto dejas?

Un poquito, ya le dije.

¿Y las manos? ¿Dónde pone él las manos?

Es un baile de pareja.

¿Dónde las pone?

En la cintura.

En la cintura, ¿dónde?

¿Dónde va a ser? En el talle, en la cintura.

Ya. Pero ¿más arriba o más abajo?

Por el medio.

¿Y no baja? ¿No baja a veces la mano?

A veces, la baja. A veces, la sube.

¿Y tú lo dejas subir y bajar?

Un poco. Para cambiar de postura. Pero sin pasarse.

¿Qué haces si se pasa?

Ponerle el freno.

¿Cómo lo frenas?

¡Me pongo tiesa!

Pero, si él insiste, y si él te gusta mucho, mucho, ¿no te rindes? ¿No cedes?

¡No, padre! Tengo la tentación, pero me aguanto.

¿No te dejas ir aunque sólo sea un momentito?

Puede ser. Un momentito, sí.

¿Y qué notas en ese instante?

Su corazón.

¿Seguro que no notas nada más?

No. Sólo su corazón.

¿Cómo hace el corazón?

¡Retumba!

¿Retumba?

Sí, retumba.

Dime una última cosa. Si cuando lo frenas, él sigue adelante, ¿entiendes?, él persevera, ¿tú qué haces?

Le digo que no me trepe.

¿Qué es lo que le dices, muchacha?

¡No me trepes!

Repítelo, repítelo, por favor.

No me trepes.

Se había entretenido en la casa de las costureras. Se rieron con ganas, hasta llorar de risa, cuando ella les fue desvelando la confesión.

COSTURERA 1: ¡Pobre! ¡Se enamoró de ti, Marisa!

COSTURERA 2: ¿Enamorarse? Ese cura nuevo es un vicioso, ¡te lo digo yo!

COSTURERA 1: Lo que pasa es que se aburre con las papa-hostias. Cuando pilla a

alguna moza, no quiere soltarla.

COSTURERA 2: Y tú, ¿por qué no le paraste los pies?

Lo pensé al principio, dijo Marisa. Pero después... No sé. Fue como ponerse a jugar con él a las palabras.

Al poco de marchar, se le echó la noche encima. Recordó la vieja adivinanza: ¿Qué cosa es que cuanto más grande menos se ve? ¡Soy yo!, le respondió la oscuridad con su gran boca desdentada. De todas formas, no había pérdida. Era el propio camino, en su hondura, quien la conducía, guiados los pies por las roderas de los carros. Ella no era miedosa. Al contrario, sentía en la noche, como en la soledad, un cierto amparo. Fue el silencio, un espeso silencio, lo que la alertó. En alguna vigilia de la infancia, para andar por el sobrado de la casa y no ser oída, evitar el gemido delator de la madera del suelo, ella contenía la respiración y pisaba levitando con los calcetines de lana. De esa naturaleza era la presencia que notó al acecho, caminando a la par, tras la cornisa de matorral, en lo alto del talud. Un pisar sin pisar en el suelo acolchado de hojarasca. Se apoderó de ella un desfallecimiento. El cuerpo no respondía a las órdenes de la cabeza.

Cuanto más quería apurar el paso, más se le resistían las piernas, rígidas y flojas al tiempo. Intentó rezar un padrenuestro para librarse de aquella cuerda invisible, pero la corriente que le tullía el cuerpo también le cortaba el habla.

Hacía mucho tiempo que por allí no se tenían noticias del lobo. A veces aparecía algún mostrenco muerto y despedazado, a medio roer. Pero había quien decía que aquel estrago, por la forma de las dentelladas, no era de lobo sino de perros abandonados por los cazadores y gentes de la ciudad que habían mudado su carácter esclavo y ahora atacaban en salvaje manada. Su padre sí que había tratado al lobo de frente. Por eso había entrado en su mundo no como una leyenda de tiempos remotos sino como una herencia que todavía aullaba por las devesas de la memoria. Pero el miedo, el verdadero miedo, le había contado el padre, no lo mete la visión del lobo. El miedo se va cuando lo tienes de frente. El miedo de verdad, lo que estremece, es el aire del lobo.

No tenía un palo a mano ni voluntad para buscarlo. No llevaba mechero, ni cerillas, ni ninguna cosa de meter ruido. Le daba vértigo sólo pensar en agacharse para coger una piedra. Esa es la parálisis del miedo. El miedo que mete miedo. Pensar que cualquier

movimiento, de huida o de defensa, va a ser interpretado en tu contra. El fluido de la voz, la única arma de confianza, se detenía en la represa de la garganta, daba la vuelta y hacía runrún en las tripas, como si las palabras engordasen de angustia. La voz, pensándolo bien, tiene efectos maravillosos. A ella le había prestado muy buenos

servicios. Era de pocos caprichos, muy humilde en sus deseos, pero de dar el paso de expresarlos casi siempre se le cumplían. Cuando pasaba una estrella fugaz, que eran almas en camino por el cielo, había que decirle: Dios te guíe. Y a continuación, pedir un deseo. Pedirlo en secreto y guardarlo para sí. Su hermana pequeña, que era muy soñadora y alegre como una pandereta, contó un día en casa que había visto una fugaz desde la galería, antes de acostarse, y no hizo falta indagar por el anhelo. Ella misma se apresuró a desvelarlo: Pedí marcharme de artista con el Teatro Chino de Manolita Chen.

Estaban cenando y todo el mundo se quedó en silencio, cabizbajo, mirando el fondo de la taza de caldo, como si intentasen encontrar la estela de una estrella caída al mar.

Y después, continuó diciendo la hermana pequeña, satisfecha de haber llamado la atención hasta el punto de provocar al tiempo la inquietud muda de la familia, el crepitar del fuego en el hogar, la curiosidad algarera del viento, despertando las ventanas con los nudillos de las ramas, después soñé que cuando estaba en el prado, pastoreando las vacas, venía Manolita Chen con un traje de seda azul y pámela blanca y me decía:

¡Venga, niña! Vente conmigo que tú eres demasiado linda para estar aquí, de criada de las vacas e institutriz de las gallinas.

Todos se echaron a reír, pero el hermano más severo preguntó: ¿Quién te enseñó esa finura? Eran diez hermanos, entre mujeres y hombres.

¿Qué finura?

Eso de institutriz de las gallinas.

¡Me la enseñó Xan das Bolas, el del cine!

¿También has visto por aquí a Xan das Bolas?

Sí. El mismo día que a Manolita Chen.

¡Qué suerte! Tu cabeza es una sala de fiestas, nena.

A partir de mañana, dijo el padre muy serio, con la solemnidad de lo irrefutable, y mirando hacia los hermanos mayores, a partir de mañana la pequeña no volverá con el ganado ni hará trabajos de carga ni limpiará el gallinero. Ayudará a su madre y estudiará. Nada más.

La palabra, como la estrella fugaz, tiene algún poder.

Del retrato de familia, Marisa escuchó dos voces.

Mira el miedo de frente, le decía el padre. Pero el miedo no devolvía la mirada. Lo que ella veía era una masa compacta de sombra. Todo el bosque semejaba un perturbado ser de fábula.

La otra voz era la de la hermana pequeña. Reía hacia ella y le decía: ¡Persígnate!

Si conseguía llevar el pulgar al centro de la frente, sería fácil, porque las cruces, en el cuerpo, se hacen cuesta abajo. Se santiguó atropelladamente, diciendo la fórmula en un murmullo encadenado.

Por la señal

de la Santa Cruz

de nuestros enemigos

líbranos Señor

Dios nuestro

en nombre del Padre

del Hijo

del Espíritu Santo

Amén

No, no es así, le dijo riendo la hermana pequeña. Repite conmigo, despacio y con coraje:

Por la señal de pico real comí tocino y me hizo mal si más me dieran más comía por el mal que me hacía fui tras del con un cordel y me dijo mierda para ti y para él...

De entre los altos setos de laurel salió la luna con un resplandor de orgullosa alquimia. En el desconcierto de la repentina claridad, el rufián dio un paso en falso y tronzó con un pie una rama seca que acabó por hacer añicos la densidad del miedo.

Marisa se sintió liberada y subió a mirar con valentía por encima del ribazo. En la cuesta del monte se recortaba, huidiza, la silueta del páter.